

Bienhecho así el Pontificio
 Con brazos carnosos
 Bendijo á los espesos
 Y al ginebro despidió
 Y del sacado tiempo
 Tras de las puertas de oro
 María con el grito
 De vírgenes quehido

El hombre con el grito
 Sus ojos con el grito
 Y en ellos un grito
 Nubido el ojo humano
 Por sus ojos humanos
 Hubo como en las espaldas
 En las espaldas



Castísima paloma,
 Cuyo sereno vuelo
 En la region del cielo
 A remontarse vá:
 Vapor de suave aroma
 Que en odorante nube
 Hasta el alcázar sube
 Mansion de Jehová:

El hombre con el grito
 Sus ojos con el grito
 Y en ellos un grito
 Nubido el ojo humano
 Por sus ojos humanos
 Hubo como en las espaldas
 En las espaldas

LIBRO TERCERO.

MARIA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
 Cuyo sereno vuelo
 En la region del cielo
 A remontarse vá:
 Vapor de suave aroma
 Que en odorante nube
 Hasta el alcázar sube
 Mansion de Jehová:

Flor del Eden preciosa,
 Cuyo capullo abierto
 Derrama en el desierto
 Su celestial olor,
 Tu esencia misteriosa
 Permaneció ignorada
 En la infeliz morada
 Del siervo del error.

El hombre es un gusano:
 Sus ojos son de tierra
 Y en ellos luz no encierra
 Para mirarte á ti.
 Nublado el ojo humano
 Por míseros antojos
 Brillar no ve en tus ojos
 La luz de Adonái.

Reina del sol que germen
 Y luz da á la campiña,
 Terreno sér, y niña
 Te cree Jérsalen:
 Sus razas que en tinieblas
 De vanidad se aduermen
 Del vicio entre las nieblas
 A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
 Al templo te acogiste:
 Tú, que elegida fuiste
 Por templo de Emmanuel,
 Morar en su santuario
 Tu corazón quería
 Cuando morar debía
 En tus entrañas Em.

De su santuario dentro,
 Bajo sus techos de oro,
 Tu sér como el tesoro
 De mas valer guardó:
 Y el silencioso centro
 De su mansion sagrada
 Sondar la vista osada
 Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
 Las horas en el templo?
 Tú, de virtud ejemplo
 Y virginal unción,
 Creciste cual las flores
 Que doblan su fragancia
 Y avivan sus colores
 Al par de la estación.

Tesoro de las glorias
 Del Hacedor del día,
 Rosal de Alejandria,
 Ciprés de Jericó,
 Las místicas memorias
 De tu niñez dichosa
 De sombra misteriosa
 El cielo circundó.

Oculto, guarecida
 Bajo el sagrado velo,
 Esencia contenida
 En hidria de cristal,
 Joya de Rey guardada
 Con precavido anhelo,
 Semilla conservada
 Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
 Del dueño de la vida,
 A tu Señor unida
 Con misteriosa union.
 Y en tí su Sér moraba,
 Y el tuyo á El llegaba
 Salvando los espacios
 Tu férvida oracion.

Tú, Virgen escogida
 En su saber profundo
 Para traer al mundo
 La fé y la salvacion,
 Sus juicios ignorabas,
 Mas por tu fé impelida
 A Dios le consagrabas
 Tu limpio corazón.

Tú, Reina de los seres
 Que el paraiso moran,
 Tú, cuya huella adoran
 Los justos de Sion,
 Al polvo descendiste
 Del ser de las mugeres
 Y entre ellas te impusiste
 Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas*
 Del templo habitadoras,
 Pasaste largas horas
 Callando tu alto sér,
 En adornar las palmas
 Y entretejer las flores
 Del templo, y en labores
 Humildes de muger.

Tus dedos transparentes
 Hilaron diligentes
 Los linos de Pelusa,
 Las sedas del Cedar:
 Tu mano soberana
 Tejió la blanca lana
 Que el sacerdote usa
 Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
 Al místico servicio
 De Dios siempre dispuesta
 Velabas sin cesar
 Y un día y otro día
 Del cruento sacrificio
 En la solemne fiesta
 Se oía tu cantar.

Leal, caritativa,
 Sincera y obediente,
 Con todos indulgente
 Y en todo sin igual,
 Imágen eras viva
 De la virtud suprema
 Que dá inmortal diadema
 Al alma del mortal.

Así creciste pura
 Emanación del cielo,
 Embalsamando el suelo
 Y el templo de Israel
 Tú, escelsa criatura,
 Muger divina y Santa,
 A cuya régia planta
 La luna dá escabel.

Así pasando fueron
 De tu niñez los días,
 En tanto que adquirias
 Las fuerzas y la edad
 Para que en ti cumplida
 La ley que te impusieron
 De dar al mundo vida
 Viera la humanidad.

Pasaron así bellos
 Los días de tu infancia
 En tu apartada estancia
 Del templo de Salém,
 Llegando detrás de ellos
 Los días de amargura
 Que á nuestra raza impura
 Franquearon el Eden.

¡Ay! cuando á luz naciste
 Para salvar la tierra
 Al mal te sometiste
 De su fatal mansion:
 Y del dolor que encierra
 La bárbara agonía,
 Pronto ¡ay de tí! debía
 Herir tu corazon.

En vano consagrabas
 La flor de tu pureza
 Al Dios de quien enviabas
 Tu corazon en pós:
 Su rayo se encendia
 Sobre tu real cabeza,
 Y que acatar habia
 La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
 Dias de llanto, en cuyas lentas horas
 Se debian llenar los tenebrosos
 Designios del Señor. EL solamente
 Penetraba el hondísimo misterio
 De nuestra Redencion: su sábia mente
 Percibía no más la luz futura
 Que, para bien de la terrena gente,
 Iba á alumbrar la lobreguez impura
 De su mansion: su poderosa mano
 Preparaba á los tiempos el camino:
 Y momento á momento, grano á grano
 Iba en la eternidad inmensurable
 Arrojando implacable
 Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
 Aguardando el instante pavoroso
 En que del gran misterio tenebroso